

MURCIA ROMÁNTICA Y DECIMONÓNICA

CARLOS VALCÁRCEL

Cumplo gustoso el honroso encargo que me hace la Real Academia Alfonso X el Sabio, mi Academia, de participar y colaborar con el número extraordinario de *Murgetana*, y lo hago, con una refundición de algunas conferencias pronunciadas por mí, entre las cuales aquellas que hacen referencia al romanticismo en Murcia y también a la Murcia del siglo XIX, en que tan importante movimiento literario, artístico y hasta político, tiene su momento y arraigo. Título mi colaboración, pues, "Murcia romántica y decimonónica".

Entro de lleno en el tema, no sin antes decir qué es el romanticismo, como nace, cuando se hace sentir y vivir de los artistas, escritores, músicos, poetas, actores, políticos y demás estamentos y compartimentos de la vida de los años treinta a los sesenta del pasado siglo, el de las luces, en contraposición con el de la razón, el siglo XVIII, del rapé, del minuetto y del encorsetamiento de las normas, costumbres y modos de las gentes, de la sociedad y del individuo.

El romanticismo es, en sus comienzos, un movimiento literario que se alza contra las rígidas normas del clasicismo a ultranza, entre ellas las unidades de tiempo y espacio, la fría especulación de la razón, la sujeción a moldes aplicables a todo comportamiento ético, estético, social o individual. Es una ruptura de las reglas que se oponen a una mayor libertad en la expansión y expresión, dando paso libre a lo subjetivo y personal, sobre lo objetivo y convencional.

Nace en Alemania a mediados del siglo XVIII, pero se hace más visible, palpable y dueño de formas y estilos, en toda manifestación del hombre, en los años veinte al treinta de la pasada centuria. No podemos descartar la existencia, a modo de prolongación o resurgimiento, de un neorromanticismo, hasta el último cuarto del siglo XIX.

En sus comienzos, es una nueva forma de decir en la literatura, pero pronto se adueña del lenguaje musical y del artístico o escultórico y pictórico. No queda aquí la influencia de este nuevo estilo, sino que se apropia del sentimiento nacional, de la



expresión y de la idea política, acentuando las nacionalidades y sus valores, así como los deseos de una libertad más completa y amplia, en todos los ámbitos de la vida.

Figuras más representativas del Romanticismo son Schiller, Goethe, Klopstok, Uhland, Chateaubriand, Madame Staël, Lamartine, Jorge Sand, Victor Hugo, Alejandro Dumas, Honorato de Balzac, Lord Byron, Walter Scott, Silvio Pellico, Tomás Grossi, Manzoni y, en España, el Duque de Rivas, Espronceda, Mariano José de Larra, García Gutiérrez, Juan Eugenio Hartzenbusch, Patricio de la Escosura, Gustavo Adolfo Becquer, Campoamor, y José Zorrilla, por no citar otros más.

En el amplio y bello campo de la composición musical, representan, con todos los merecimientos y honores, al romanticismo Beethoven, en sus últimas piezas u obras, Weber, Schuman, Schubert, Mendelson, Chopin y, en lo que podríamos denominar neorromanticismo, el gran Wagner.

El romanticismo, en las artes de la forma y el color, se identifica por el tema elegido, más que por el lenguaje empleado, que sigue de cerca al utilizado por los artistas del Neoclasicismo y tendrá una feliz sucesión en los escultores y pintores del realismo y la reacción contra éste que es el impresionismo.

A Murcia llega el romanticismo de la mano de las contiendas políticas, alteraciones de la paz ciudadana, el enfrentamiento de las ideas constitucionalistas y realistas o absolutistas, como luego sería entre progresistas y moderados y, finalmente, entre carlistas y partidarios de la Reina Isabel II.

En este ambiente murciano, que es una prolongación del que impera y reina en toda la Nación, llega a Murcia el romanticismo, como expresión literaria, pictórica y escultórica, que en la musical apenas cabe registrar la presencia de autores destacados, pues tendría que llegar el postromanticismo, para que naciese, en pleno corazón de la Ciudad, el gran músico Manuel Fernández Caballero.

Y aparecerán los primeros libros, las primeras poesías, la expresión periodística del movimiento romántico en Murcia. Antonio Arnao, el cartagenero Monroy, que cursó sus estudios en Murcia y en ella publicó sus primeros poemas, del más puro corte romántico, muy influenciado por Mariano José de Larra; Julián Romea, que, además de ser un genial actor, fue un poeta exquisito, al que, el crítico literario y excelente escritor español Juan Valera compara con el italiano Manzoni; José Selgas, novelista y poeta; Federico Balart, Sánchez Madrigal, Ricardo Gil, el Becquer murciano, José Frutos Baeza, Rodolfo Carles y Pedro Díaz Cassou, por no hacer larga la relación de escritores y poetas que llenaron el Romanticismo Murciano. Periódicos como *La Lira*, *La Palma*, *El Diario de Murcia*, en varias épocas, *El Correo de Murcia*, el *Heraldo de Murcia*, el *Semanario Murciano*, *La Paz*, con un largo etc. dejaron huecos importantes en sus páginas para la expresión literaria, política, religiosa, costumbrista, etc. de la sociedad murciana de los años mediados del pasado siglo.

La pintura y la escultura, es decir, las artes plásticas, se hallan representadas, en el romanticismo y aledaños, por Santiago Baglietto y su hijo Leoncio, Francisco Sánchez Tapia y su hijo Francisco Sánchez Aracieli; aquel, Santiago Baglietto, autor del Monumento a Floridablanca, en el Jardín de su nombre, y del Monumento a la Fama,



en el Jardín de la Orilla del Río, que volverá a llamarse de Ruiz Hidalgo, como el Parque sobre el que está alzado; el segundo, autor de varias imágenes del retablo de la Catedral, construido y dirigido por el aragonés Mariano Pescador, tras el incendio que lo destruyó en la mañana del tres de febrero de 1854.

Los pintores más señalados, dentro de este período de la mitad del pasado siglo, en torno a los cincuenta, son Rafael Tejeo, José Pascual y Valls, Domingo Valdivieso, los hermanos Germán y Víctor Hernández Amores, Adolfo Rubio, Antonio Gil Montejano, y, ya en el inicio del impresionismo, José María Sobejano.

Era una Murcia que contaba con 15.000 habitantes, de los trece millones que sumaba España. Que limitaba al Norte con la Acequia de Aljufía, que significa Norte en árabe, al Sur con la Alquibla, esto es Sur, en el idioma islamita, pero que, luego tras la construcción del ferrocarril, quedaría encerrada por la vía y la tapia que la protege y separa del resto de la Huerta, con salidas por Quitapellejos, hoy Santiago el Mayor, Camino de la Fuensanta, por Patiño, de Santa Catalina y de Cartagena por El Palmar. Al Este, por los terrenos denominados de la Condomina, de Condominium, dominio Común Iglesia-Concejo o Municipio, en fin, al Oeste o Poniente, con la Arboleja y la Albatalía, con salidas por las Puertas de la Traición y de la Lealtad, en feliz contraste.

Una Murcia que disponía, para la salud del alma de sus vecinos, de la Catedral, cuya parte más antigua es la puerta de los Apóstoles, del siglo XV, la más reciente, la gran fachada barroca de Belluga, del XVIII, y en cuyo término medio, dispone de la bellísima portada de Cadenas, de pleno y rico estilo plateresco. Que gozaba de las parroquias de Nuestra Señora del Carmen antes San Benito, de San Juan, una de las más antiguas de la ciudad, con la Ermita de Santiago; Santa Eulalia, la Santa Olaya de los catalanes –y que no se entere Jorge Pujol, por si la reclama– San Lorenzo, neoclásica, de Ventura Rodríguez; La Merced, de un barroco recargado, también del XVIII; Santo Domingo, Las Anas o Santa Ana, fundación del XV y obra actual del XVIII; Santa Clara, de este siglo, pero fundación del XIII; San Miguel, barroca, San Nicolás, también dentro de este estilo, San Pedro, San Bartolomé, de fachada neorrománica, un pastiche del siglo XIX, San Antolín, hoy nueva, tras la Guerra Civil, San Andrés y los conventos de San Antonio, siglo XVII, Isabelas, San Francisco, Monjas Teresas y la Purísima.

Para la atención del cuerpo enfermo, los hospitales del Pilar o de Sacerdotes, el de la Puerta de Castilla, el de San Juan de Dios, luego Provincial y hoy, en Vistabella, General. En las grandes epidemias, se habilitaban barracones, como el del Malecón, en el Cólera del Noventa y dos, al que los murcianos llamaron Café Cantante por los gritos de dolor de los enfermos allí hospitalizados.

El cólera morbo, del año 1854, que se presentó en Murcia el día 22 de agosto, con veintidós casos y que costó la vida a 879 murcianos, terrible epidemia, que registró los últimos enfermos el día 13 de noviembre de dicho año, enfermedad a la que llamó, el entonces Alcalde de la Ciudad, don Juan López Somalo, el funesto viajero del Ganges, pues de la India, se decía procedía el virus que la contagiaba.

Y, con las epidemias de la peste, cólera, tifus, paludismos, que todo esto era recogido bajo el denominador común de calenturas, para los huertanos, como subidas



eran todas las erupciones, males los granos y abcesos, mal malo era el cáncer; con estas enfermedades, más las inevitables pulmonías, accidentes, tisis, que fue padecimiento que se cebó en la juventud y que constituyó uno de los símbolos del romanticismo; con muchas de estas dolencias del cuerpo, venía la muerte, que tenía como epílogo el entierro, gran manifestación callejera, precedida de numerosos estandartes, parroquiales o de las asociaciones piadosas a las que perteneciera el difunto, que era llevado en caja de rica madera, el arcón, o de madera forrada de negro, con galones dorados o plateados, cuando no de madera de pino pintada con fuchina, las llamadas cajas burreras, que sólo costaban cinco pesetas. Coches fúnebres de caballos, un solo jamelgo hambriento y escuálido, para los entierros de categoría general, pero los había de lujo, los llamados a la gran Dormond o a la Federica, con cocheros y lacayos vestidos de librea y sombrero de picos, media y calzón corto, coches arrastrados por un tiro de caballos que podía estar compuesto por dos, cuatro, seis y hasta ocho, según quisiera o pudiera la familia gastar más dinero, por lo que se decía que, cuanto más ricos, más animales.

Cuentan que las gentes, con ganas de bromear, preguntaban en la funeraria por el precio de los entierros, las tarifas, desde los de gran lujo al general, con el solo jumento flaco y cansino y la caja burrera; una vez que conocían el importe, añadían, ¿pueden hacernos alguna rebaja si ponemos nosotros el muerto? Todo terminaba en uno de los dos cementerios de la Ciudad, el de la Carretera de la Ñora, en las Puertas de Castilla, y el de la Sacramental de la Puerta de Orihuela. Tendrían que llegar los años finales del siglo XIX, para que Murcia estrenara su nuevo Camposanto, el de Nuestro Padre Jesús.

Pero, también, la gente, además de enfermar, curarse o morir, se divertía, asistiendo al teatro, diecinueve cita en su más reciente libro, publicado por la Real Academia Alfonso X el Sabio, el ilustre periodista, escritor y admirado amigo mío, Antonio Crespo. Destaco, por no citar a todos ellos, los de la Rambla, el Provisional, el Liceo, el de la Trinidad, Apolo Porvenir, Progreso, Circo Villar, inaugurado el día 5 de noviembre de 1892, pero antes, en el año 1862, día 26 de octubre, domingo por más señas, quedó inaugurado el teatro del los Infantes, acto solemnísimo que presidió la Reina Isabel II, que dos días antes inauguró el ferrocarril Cartagena-Chinchilla, unos trenes que, en un alarde de velocidad o progreso, invertían 15 horas en el recorrido Madrid-Murcia, igual que ahora, con las cuatro que tardan los trenes que, en estos días, se anuncian en la prensa local.

Las gentes, los murcianos de la Murcia romántica y años posteriores, el neorromanticismo, también se divertían, no sólo asistiendo a los numerosos teatros a que he aludido antes, en especial al de los Infantes, que, en un alarde de cursilería, fue llamado de la Soberanía Nacional, en los años de la Revolución del año 1868 y de la Primera República, para luego, tiempo después, no mucho, tomar el nombre del gran actor y poeta Julián Romea, del que antes hablé. Se divertían, o lo intentaban, cumpliendo la práctica social de la visita, el paseo matinal, las amas de casa, en eso de ir de compras para no comprar nada, acaso para pedir muestras; en ir a los jardines de Floridablanca, inaugurado un día de noviembre de 1848 –verán ustedes que noviembre es buen mes para Murcia–; a Santo Domingo, de los años finales del



tercer cuarto del siglo pasado, Santa Isabel, construido a partir del derribo del viejo convento de Isabelas, año 1837; en fin, el Malecón, muro de contención de las avenidas del Segura, alzado en el siglo XV, pero abierto al público el día 13 de febrero de 1846, siendo alcalde don Salvador Marín Baldo y Fullea, excelente edil que inauguró el de Floridablanca, dos años después.

En aquella Murcia, los paseos nocturnos, se veían iluminados por la luz de la luna y las estrellas, pues sólo contaba desde el año 1835 con 946 farolas de aceite, de las cuales 146 no se encendían salvo determinadas fechas. Tendrían los murcianos que esperar que llegase el día 1 de septiembre de 1867, para que quedase inaugurado el alumbrado de gas, en la Glorieta. Era alcalde, nuevamente, en el transcurso de varios años, aquel gran murciano que se llamó don Santiago Marín Baldo y Fullea, dirigían la empresa Lebon, suministradora del Gas, los señores don Sebastián Servet y Brugarolas, y don Eladio Nolla Orriols, familias murcianas de gran abolengo, vinculadas a la vida Murcia largos años. El alumbrado, quedó ya definitivamente en uso, a partir del 19 de enero de 1868, con un total de doscientas diez farolas.

Mucho antes, en el año 1797, la ciudad se alumbraba, escasamente, con candiles situados en determinados lugares de la misma, a expensas de los propietarios del inmueble, lo que llevó a constituir el Cuerpo de Serenos Municipales, con el fin de velar por el orden callejero y de vigilar el cumplimiento de la obligación de encender tan modestas como apenas útiles luminarias.

Los murcianos, se trasladaban, de un lugar a otro, usando “coche de San Fernando, un rato a pie y otro andando”, pero disponían de carros y carretas, para el transporte de mercancías, la galera y la tartana, como medio público, así como los coches de lujo, landós y berlinas, de casa grande o de alta alcurnia. Tendría que llegar el año 1908, para que, por las calles de Murcia y algunas ciudades de la misma, pasaran estruendosamente, los primeros automóviles, con el ruido de motores, bocinazos y aspaviento, por parte de quienes se subían a las aceras apresuradamente o se metían en los portales de las casas, huyendo del vehículo. Muchas personas se santiguaban, al paso de aquellos primeros automóviles; los perros ladraban y se lanzaban a correr tras aquellos. Fueron once coches los matriculados, en dicho año. El siguiente, 1909, la matriculación se quedó en cinco, y solamente en dos el año 1910. Son datos que proporciona Luis Carceller, en interesantísimo libro que tuvo la gentileza de dedicarme.

Antes, desde el año 1888, habían circulado por algunas calles de la ciudad, los tranvías tirados por mulas, que, en el año 1904 serían movidos a vapor y, dos años después, por electricidad, implantados por la empresa Franco-Belga, que dirigía don Manuel Massotti, abuelo de estos murcianos de pro, músicos y escritores, que forman parte de esta familia. Estos tranvías circularon por Murcia, uniéndola con Alcantarilla, Espinardo y El Palmar, hasta abril de 1929, en que dejaron de hacerlo.

Habían quedado atrás, muy atrás, los años de esa Murcia del Romanticismo, que, recibiría la visita de don Juan Tenorio, en la románticísima versión de don José Zorrilla, el don Juan Tenorio, representado en Murcia el año 1866, el día ocho de enero, según datos que facilita, en otro libro suyo, *Un viejo teatro cuenta su historia*,



mi bueno y admirado amigo Antonio Crespo, al que antes cité, cuando hablaba de los teatros de Murcia. Desde aquella representación, hasta el año 1907, en que don Cecilio Pineda lo vuelve a poner en escena, han sido centenares de veces, la que el espadachín y conquistador, don Juan Tenorio, ha pisado las tablas de nuestro Romea.

Hago esta cita, porque de aquella Murcia Romántica, a excepción de las obras editadas, de las de arte que se conservan, sólo queda como muestra viva del romanticismo la anual llegada al Romea, del personaje mundial de Don Juan, cada año, cuando octubre declina y noviembre hace su entrada por el portón del tiempo, acompañado de campanas funerales, crisantemos en el jardín y hojas secas en los paseos en que el arbolado se ha vestido de ocres dorados o se ha desvestido de sus hojas sin vida.

